

## Carrera de postas

■ Los comensales son, en su mayoría, periodistas. La conversación oscila entre recuerdos y copuchas; anécdotas y análisis. De pronto salta al tapete el nombre de un periodista, ya desaparecido, pero que tuvo una dilatada trayectoria en el diario nacional. Se recuerdan sus anécdotas, algunos de sus artículos más fogosos, su actuación pública. Sin embargo, los más jóvenes en esa mesa callan. Le pregunto a mi vecino, quien no obstante su juventud ocupa un cargo de importancia: "¿Sabes de quién estamos hablando? ¿Lo oíste mencionar alguna vez?" El joven periodista me sonríe y niega con la cabeza.

Estoy ahora en un café con gente de teatro. Nuevamente en el grupo se entreveran veteranos de las tablas y jóvenes promesas de la escena nacional. Más que una conversación, ahora se trata de un claro y descarnado pelambre, como se estilaba entre artistas. Se comenta el último estreno y un actor jovencito pregunta refiriéndose a una actriz que está en el reparto: "¿Y de dónde sacaron a ésa?" Se trata de una actriz de dilatada actuación en su juventud y que se alejó del teatro cuando contrajo matrimonio. Ahora, de regreso de tantas cosas, se ha reincorporado a la escena.

Ante la pregunta pregunto a mi vez, escandalizado: "¿Pero cómo? ¿No la conocen? ¿En la escuela nunca se la mencionaron? ¿No han consultado nunca las páginas de teatro de la prensa de hace veinte años? ¿Jamás tuvieron la curiosidad de ver los programas de los estrenos de la época en que aún estaban en el colegio?" Mis atolondradas preguntas sólo merecen un encogimiento de hombros de mi joven audiencia y un mirarme con ojos de plauto, como preguntando a su vez: "¿Y por qué tendríamos que conocerla?"

Estas dos anécdotas recientes llaman a la reflexión.

No creo que sea cosa de ahora, sino de siempre. Las personas que realizan una actividad no sienten el menor interés por saber lo que han hecho quienes le precedieron en ella. De alguna manera extraña, parece que todos tuvieran la impresión de que la historia comienza en ellos, que se parte de cero y en tan disparatada como suicida actitud se desprecian experiencias, conocimientos, todo un bagaje cultural.

Hay quienes han comparado la vida con una carrera y, si la comparación es válida, habría que aclarar que se trata de una carrera de postas, en que se parte recibiendo un testimonio y se termina entregándolo.

Ni siquiera es posible hablar entre nosotros de lucha generacional. El joven profesional de cualquier actividad ni siquiera se preocupa en despreciar y tratar de desbancar al de la generación precedente, pues eso ya es una forma de reconocimiento. Simplemente inicia sólo una carrera contra el reloj y, al hacerlo, no sólo esteriliza la acción de generaciones anteriores, sino que resta trascendencia a su propia labor.

Nos falta el sentido de la tradición, la conciencia de pertenecer a una cultura en permanente reelaboración, donde tanto se pone como se saca, y carecemos de la humildad como para reconocer que somos un eslabón de una cadena que mientras más firme y prolongada ella sea, más significativo será nuestro quehacer.

"Somos muy jóvenes", replicará, condescendiente, más de un lector.

Es cierto, lo somos, pero el desinterés y la displicencia por nuestro pasado mediato e inmediato nos están impidiendo crecer y llegar a la etapa adulta.